

La herencia colonial en las independencias iberoamericanas: equilibrios y oscilaciones en la construcción de la Nación y el futuro de la Historia

*Guillermo Palacios**

Esta presentación tiene el propósito de convidar a una reflexión sobre la compleja relación que se ha establecido entre el surgimiento y súbita popularidad de la modernidad liberal, de origen europeo, y los procesos de independencia en el subcontinente, bien como sobre los avatares de la recepción e implantación de la normatividad propia de sistemas, novedosos pero incipientes, de democracia representativa.

La hipótesis sobre la que se asienta el desarrollo de este tema es la siguiente: el pasado colonial - un pasado imperial subordinado, si se quiere -, convertido en una construcción historiográfica de naturaleza abiertamente política, fue el elemento central en la aceleración abrupta del ritmo de implantación de la modernidad liberal en América Latina, en especial en las nuevas naciones surgidas de la disolución del imperio español. (Un ritmo más pausado, pero dentro de la misma tendencia, se puede observar en la antigua América portuguesa).

En un primer momento, la separación del Imperio señala una ruptura radical de la continuidad de tres siglos de unión con la Corona española - un borrón y cuenta nueva con la que había sido la historia de los territorios hispanoamericanos, por lo menos en el discurso de los líderes del movimiento de independencia. De allí la necesidad de muchos de ellos, y de sus ideólogos, de realizar dos operaciones fundamentales:

* El Colegio de México

a) inventar una nueva historia a la cual recurrir para no quedarse perdidos en el espacio sideral del puro evento, del acontecimiento inesperado y despojado de antecedentes y de legitimidad históricas, que fue el paso de las demandas por autonomía y autogobierno a la independencia total. Accidentes de percurso, contingencias y atajos de la coyuntura, vertientes de la historia, resultantes de la acción inmediata, individual o colectiva; y

b) diseñar un futuro pautado en un liberalismo democrático, no sólo inédito en estas tierras, sino prácticamente desconocido en todo el mundo occidental. Lo que a la larga resultó más complicado, debido a que se trataba de un liberalismo nacido de razones internas a las sociedades en las que apareció (pensemos en la Francia de 1789 o en la España de 1808), y cuya adaptación a situaciones ajenas, que prácticamente no lo necesitaban, mucho trabajo habría de dar.

Entonces se otorga al acontecimiento, hasta cierto punto fortuito, de la emancipación del imperio, una profundidad temporal relativa, se le construye una historia que lo explique. Si la Francia revolucionaria nunca pudo - o nunca quiso - librarse del fantasma de la nación monárquica que la precedió y le dio origen, las naciones latinoamericanas, por el contrario, inventaron una historia de 'antecedentes' y continuidades 'revolucionarias' que se convirtieron en los fundamentos de una nueva historia, la historia nacional.

La Nación, pues, se monta sobre la "independencia", lo que quiere decir que lo hace sobre el fantasma del Antiguo Régimen como cabalgadura indispensable para lanzarse al abismo de un futuro desconocido e imprevisible. Esto es, el Antiguo Régimen, esa invención consubstancial a 1789, tiene que tomar forma también en Iberoamérica.

Y para que eso se efectúe es necesario que los territorios americanos dejen de ser una parte vital de un conjunto de reinos y provincias a ambos lados del Atlántico, para convertirse ya no en socios, aunque minoritarios, de la empresa imperial, sino ahora en víctimas de "siglos de opresión". Una perfecta

expresión acuñada por los grupos dirigentes criollos, que invocarían ese periodo súbitamente “tenebroso” para justificar el parricidio independentista.

La historia que se inventa es ya una historia que se quiere propia, atomizada y singularizada en visiones proto-nacionales, y no la historia del imperio español en el Nuevo Mundo. Es una historia que reivindica como suyos los subterráneos “subversivos” de la segunda mitad del siglo XVIII, en especial en lo que se refiere a las respuestas dadas por diversos grupos sociales americanos a las llamadas reformas borbónicas. Aquí se descubren o se imaginan ‘movimientos precursores’, se trazan ‘orígenes’ más o menos míticos de los movimientos emancipadores, se construyen sentimientos nacionalistas *avant-la-lettre*. Cualquier reacción contraria al movimiento reformista se lee y registra como un preludio de la independencia.

En algunos casos, como es sabido, la búsqueda de la legitimidad histórica obliga a un salto mortal que anula los siglos medulares del periodo español y permite que los próceres de la independencia le tiendan la mano, como el Dios Padre de la Capilla Sixtina, a las sociedades indígenas víctimas del “contacto” europeo en los albores del siglo XVI.

Pero ese tenue velo de legitimidad por un pasado de resistencia, así elaborado, no es trascendente. Se tiene la impresión de que, a diferencia de Francia, donde la historia del siglo XIX está toda ella construida sobre la Revolución de 1789, la historicidad legitimadora de las guerras de independencia es de corta duración

- a no ser para efectos cívicos, de construcción de identidades y de cohesión social en torno a símbolos y “fechas patrias”.

En efecto, nuestro siglo XIX va a estar mucho más volcado hacia el futuro - en muchos casos al futuro inmediato, inmediateísimo inclusive -, que se nos echa encima como una avalancha abrumadora de problemas políticos, fiscales, financieros, conflictos internos y externos, fragmentaciones territoriales,

guerras intestinas, federalismos suicidas, centralismos masacrantes, etc. Lo que interesa es la construcción del futuro, el diseño de la Nación, la definición y puesta en marcha del Estado, por más que todo eso se haga bajo la sombra de la tradición.

Ha habido recientemente un alud de estudios que se han dedicado a explorar el fenómeno de la introducción de la modernidad en Hispanoamérica, la implantación y el ejercicio de sus nociones centrales, los accidentes de la simbiosis entre la vieja cultura política, forjada a lo largo de la unión con España, y la nueva que nace de la ruptura.

Su lectura permite que nos preguntemos cuáles fueron los motores que llevaron, en toda la extensión continental, a la adopción de ese nuevo modelo: fórmulas republicanas (con excepción, sólo en la forma de gobierno, de la América portuguesa), sistemas de representación, apropiación de nociones como soberanía nacional, ciudadanía política, liberalismo. La pregunta puede ser más relevante dado que fue ese liberalismo, en su expresión gaditana, neo-colonialista, reforzada en 1820, el que empujó definitivamente a los territorios americanos a la independencia.

Siempre tendremos, como colchón de seguridad, la explicación de sentido común sobre la inexistencia de alternativas: habiendo roto con el sistema monárquico, habiendo satanizado el “Antiguo Régimen”, que era equivalente a la monarquía, no había otra salida conocida que el modelo republicano, implantado, con aparente éxito, en el norte del continente, en el territorio de las antiguas 13 colonias.

Hay que recordar que hacia 1805 la Revolución Francesa había desembocado en el imperio napoleónico y que, para inicios de la década de 1820, cuando la mayoría de los antiguos territorios hispanoamericanos consolidaban su emancipación de la metrópoli peninsular, la Santa Alianza, que reunía a las monarquías más reaccionarias de Europa, había incorporado a la propia Francia a sus filas y amenazaba, más con la retórica que con medidas prácticas, la re-colonización de la América española.

Por lo tanto, el camino para las monarquías americanas, alguna vez soñado por ciertos sectores insurgentes (y que se mantendría vivo hasta, por lo menos, la trágica experiencia de Maximiliano en México, en los años 1860), no sólo estaba cerrado, sino que se convertía en una amenaza de reconquista. La única salida era, una vez más, la república, y lo sería, salvo contadas excepciones, y con características adaptadas a cada situación socio-política regional, por el resto del siglo.

Pero la fórmula republicana estaba envuelta en un conjunto de innovaciones. No venía sola. Era necesario, en primer lugar, operar una delicada transferencia de la soberanía de su detentor original, el soberano, un personaje de carne y hueso, visible y palpable, concreto, cuya voz y cuerpo representaban la unidad del reino, a una entidad abstracta, impalpable e invisible: la "Nación", que, en última instancia, se constituía y hablaba por sus "representantes".

La adopción de la fórmula republicana provocó una avalancha de cambios, y dio lugar a la creación de un nuevo imaginario político que perduró a lo largo del siglo, sin importar que las prácticas que operaban en el campo político no fueran precisamente las que el modelo republicano indicaba. Pero aun así, un nuevo vocabulario se instaló en el debate público y en las charlas domésticas, y la idea de la participación política se extendió a grupos sociales que décadas antes jamás se habrían atrevido a pensar que eso sería posible.

Sin embargo, la rápida adopción del vocabulario y de las prácticas de la modernidad, no fueron el resultado tan sólo de ese empuje hacia el futuro producido por el acto de la emancipación. Hubo también, y aquí puede estar una de las claves de la a veces aparentemente ciega determinación de adoptar la modernidad liberal, un resorte que funcionaba desde el pasado no muy distante; más precisamente desde que el discurso de la metrópoli castellana transformó las antiguas y arraigadas nociones de "reinos", "provincias" y "capitanías" dotadas de derechos, por las de "colonias" al servicio del progreso material de sus ex congéneres peninsulares.

Ese resorte es la noción de 'atraso' y su fuerza se accionó con la inclusión de una justificativa colonialista para cambiar el estatuto político de los territorios americanos. Puesto que estaban habitados por sociedades 'atrasadas', no podían equipararse a los reinos peninsulares. Una justificativa que, sin embargo, a pesar de sus orígenes 'perversos', se acopló como una pieza natural a la noción criolla de los 'siglos de opresión' y de sus consecuencias: el predominio de 'sociedades tradicionales' que en nada o casi nada se parecían a las que se transformaban más o menos rápidamente en el Viejo Mundo.

La necesidad ideológica de superar esa nueva barrera colocada por los estrategas borbónicos a las pretensiones igualitarias de las elites criollas americanas aceleró la adopción de la modernidad en Latinoamérica y abrió la puerta para la entrada indiscriminada y mal digerida de las nociones centrales de esa nueva forma de organizar el mundo social y político.

Así, los grupos dirigentes criollos se lanzaron hacia el futuro impulsados por la necesidad de demostrar al mundo que

a) el "atraso" no era otra cosa que una invención políticamente mal-intencionada fraguada en los gabinetes de la corte madrileña, y de alguna manera reforzada por las decisiones de las Cortes de Cádiz de negar derechos iguales a los territorios americanos; o,

b) de que el "atraso", si había que admitir su existencia, era un hijo, precisamente, de los "siglos de opresión", lo que redundaba en una doble condena del régimen colonial.

Sin embargo, como es bien sabido, a lo largo del siglo, el "atraso", como sinónimo de tradicionalismo, operaría una fuerte transformación de las nociones de la modernidad, para adaptarlas y adecuarlas a la cultura y a las condiciones políticas preexistentes y prevalecientes, y de esa manera permitir, tanto el mantenimiento de las estructuras de poder de la época colonial tardía, como la vigencia de una modernidad *sui géneris*. Aunque aquí tendríamos que discutir - lo que no es posible en esta desordenada presentación - si la tan mentada modernidad lo fue en su esencia en algún lugar, alguna vez. La interiorización del complejo del 'atraso' y la instrumentalización ideológica de los 'siglos de opresión'

ayudan pues a que una modernidad un tanto desbocada sea recibida de brazos abiertos por las elites criollas de la América Latina decimonónica.

“Atraso” y “tradicionalismo” han sido calificativos de los que América Latina no ha conseguido librarse en estos dos siglos de vida independiente. Son términos que esconden un sinnúmero de problemas que, por lo general, no ha habido tiempo de resolver antes de que otros aparezcan y hagan que los antiguos se olviden o se incorporen, en un segundo plano, a los recién llegados, haciéndolos más complejos.

El fragmento de Gabriela Mistral citado como epígrafe de esta mesa afirma que los americanos tenemos que encontrar nuestro “cuerpo geográfico y alma histórica”. Una mirada fría a nuestra historia sugiere que fueron ambos encontrados en el discurso y perdidos, o por lo menos extraviados, en la práctica. Las intenciones de unión latinoamericana, de definir tanto el cuerpo geográfico como el alma histórica, van desde la convocatoria bolivariana al Congreso de Panamá hasta los últimos años del siglo XIX. En efecto, en 1889, tras varios fracasos, reuniones parciales y resoluciones inocuas, fue el Departamento de Estado del gobierno estadounidense el que consiguió reunir en Washington la Primera Conferencia Panamericana, para, entre otras cosas, reforzar y actualizar la Doctrina Monroe. Y así lo siguió haciendo hasta 1938, cuando se celebró la última de esas conferencias, en la ciudad de La Habana.

No deja de ser una paradoja, de las tantas a las cuales nos tiene acostumbrados la historia, que fuera precisamente el gobierno al que tanto se había tratado de evitar en diversas ocasiones y con diversos argumentos, el que tuviera la fuerza de convocatoria necesaria (y los recursos financieros) para convertir en realidad la llamada ‘unión panamericana’.

Sólo después de la Segunda Guerra Mundial habrá nuevos intentos por retomar la senda de la integración latinoamericana. Durante los años 60 del siglo pasado la CEPAL produjo millares de páginas con propuestas, proyectos y programas de integración económica. El cuerpo estaba definido, nuestra geografía corría de los glaciares de la Tierra del Fuego a la orilla sur del río Bravo. Nuestra alma tenía la cara de nuestra historia, una historia de grandes proyectos y magros resultados, pero una historia que unificaba a la región, ni que fuera por su pasado colonial, por su constante dependencia, por su siempre estar “en vías de desarrollo”.

Sin embargo, en años recientes parecería que el cuerpo se fragmentó y que el alma sufrió un agudo proceso de desgaste. A las apuradas convergencias de los años 80, cuando la deuda externa amenazaba con echarnos la soga al cuello y la unión de los deudores parecía la opción más adecuada, se siguió una fase de *real politic* que dio por resultado la quiebra de la solidaridad subcontinental, la enésima quiebra, podríamos decir, de una solidaridad que a algunos parecía (y sigue pareciendo) protocolaria, ingenua y, sobre todo, ineficaz.

Al sálvese quien pueda de la ruptura del frente de deudores, resultado de la negociación unilateral de la deuda mexicana, siguió un periodo de algo parecido a un “individualismo posesivo nacional”, en el que el contexto latinoamericano se diluyó en la búsqueda de soluciones propias, adecuadas a las condiciones de cada uno de los países tocados por la crisis - y casi todos lo estaban. Poco después las piezas se reagruparon. Brasil y Argentina construyeron, con Paraguay y Uruguay, el Mercosur, al que están ahora asociados otros países, como Chile; el pacto Andino tomó nueva fuerza, México optó por integrarse a Estados Unidos y Canadá.

Cuando el gobierno del Presidente Carlos Salinas de Gortari movió sus piezas en una dirección tan contraria a la tradición de la política exterior de México (aunque no tan contraria a sus mercados preferenciales), un diplomático brasileño declaró que la decisión mexicana había acabado, de un plumazo, con la noción de “América Latina”, y había resucitado y dado nueva vigencia a la determinante geográfica:

había una América del Norte y una América del Sur, y nada más, el resto eran ensueños y figuras literarias. El cuerpo se hacía pedazos, el alma perdía su rostro y entre ambos mataban a la tan mentada como quimérica “identidad latinoamericana”.

En años recientes, todos lo sabemos, se ha formado un “Plan Puebla-Panamá”, mientras que el extremo norte de Colombia delimita una frontera reforzada de América del Sur, espacio en donde ya se ha constituido una enorme “Comunidad de Naciones”, excluyente, por naturaleza, del resto de lo que alguna vez constituyó “América Latina”. Tal vez esta noción era, de hecho, inabarcable. “Cuanto más grande llega a ser la patria - decía Voltaire - menos la amamos, porque el amor dividido se debilita”.

Todo lo que ha sucedido en las décadas recientes en términos de formación de bloques regionales refleja, curiosamente, y sin zalamerías para mis anfitriones, propuestas de la diplomacia chilena de mediados del siglo XIX, en el sentido de que los grandes proyectos de unión, integración y asociación de las naciones herederas del imperio español en América nunca serían más que eso, proyectos, los más de ellos irrealizables. La opción realista eran los pactos entre vecinos inmediatos, pactos en forma de racimos que, poco a poco, dieran lugar a alianzas entre grupos de aliados, hasta llegar a abarcar todo el subcontinente. Esto me permite pasar a la parte conclusiva de esta intervención.

La ‘Nación’ se ha definido como un espacio de resguardo frente a un mundo hostil, un territorio que se conforma y cierra al exterior, que se caracteriza por oposición a otras semejantes y que, para hacerlo, construye un aparato jurídico propio, se dota de una autoridad incontestable - el propio Estado - y refuerza sus fronteras físicas con linderos imaginarios y simbólicos que componen la “identidad nacional”. Una “identidad” a su vez forjada por los medios consabidos: himnos nacionales, banderas y emblemas, panteones de héroes, monumentos y edificios, leyendas y mitos, todos ellos símbolos *patrios*. Es decir, la Nación convertida en Patria, la noción abstracta nacida de la razón vertida en el molde del sentimiento y de la emoción: la patria, el patriotismo, lo patriótico.

La erosión y trivialización de ese conjunto de valores - y del propio debate - sobre los cuales se han erigido los Estados nacionales, las naciones, y la propia historia nacional, nos ponen frente a lo que convencionalmente se ha dado en llamar, término medio vacío, una etapa de transición: para muchos la patria ya no protege, las fronteras nacionales ya no contienen a los ciudadanos de una misma nación. Mientras tanto, algunos movimientos sociales, no sin razón, se han puesto en marcha al son del lema: "Patria para todos". La historia 'nacional' tiende a ser, por ambos lados - el de los emigrados externos y el de los marginados internos -, cada vez menos la historia de todos, si alguna vez lo fue.

Hay 20 millones de mexicanos viviendo fuera del país, refugiados en otros oasis. Hay otros tantos millones de brasileños, ecuatorianos, colombianos, haitianos, venezolanos, bolivianos y chilenos fuera de sus naciones. En América Central los jóvenes desprecian la secundaria para dedicarse a estudiar inglés y capacitarse así para internarse como inmigrantes ilegales en Estados Unidos. Entonces, frente a esos cambios brutales en el contenido del concepto de 'nación', ¿qué hacer con la 'historia nacional'? Escribir la historia de las migraciones es ahora imprescindible, pero es un tema que desdibuja tanto las fronteras de la historia tradicional como cotidianamente desdibuja las fronteras políticas el número de individuos que cruzan de África a Europa, del este europeo al oeste industrializado, de América Central y América del Sur a Estados Unidos. La "nación" se va con ellos, pero en el bolsillo de atrás.

Concluyo: es obvio y evidente que en estos doscientos años el concepto seminal de 'nación' y su contenido han cambiado en forma dramática. La tendencia actual a la integración supra-nacional, si bien complicada, turbulenta y llena de retrocesos, significa una revolución no sólo en el terreno de la política y de las relaciones internacionales - interamericanas en nuestro caso. Significa también que tenemos que preguntarnos qué hacer con una práctica historiográfica (la "historia nacional") que nació como uno de los retoños del surgimiento de los Estados decimonónicos, que nació para servir de legitimación ideológica a sus procesos de consolidación, y que probablemente debe morir junto con ellos, en un futuro no muy distante.

